

**Sonia Pérez Toledo, coord., *Inmigración, trabajo, movilización y sociabilidad laboral. México y América Latina siglos XVI al XX*. México: Universidad Autónoma Metropolitana/Ediciones Lirio, 2022, 655 pp.**


María Dolores Lorenzo\*

Es una excepcional disciplina la que obliga a un historiador a formular respuestas o explicaciones desde el presente con documentos y testimonios del pasado. Es una convicción excepcional si uno se interesa en ir más allá del relato del pasado para construir respuestas críticas a los problemas de la sociedad. En ambos sentidos, los historiadores y las historiadoras de esta compilación dan cuenta de su convicción crítica y de la cuidadosa disciplina que tienen para escribir sobre la complejidad de los mundos del trabajo, la inmigración, las movilizaciones y las formas de sociabilidad laboral.

Casi todos los que escriben son especialistas en temas relacionados con el mundo del trabajo y, muchos de ellos, son referentes en la historiografía de sus países; otros jóvenes investigadores, incursionan en esta compilación con la agudeza que exige recrear las prácticas, los comportamientos, las miserias y las duras condiciones de la gente que laboró en espacios, pequeños y grandes, de regiones diversas en América Latina. Las escalas de observación son diversas, como múltiples son los espacios que aborda el libro: los colegios, el taller, la fábrica y el mercado, los arrabales, las calles de la ciudad y los puertos desde donde se analiza la vida concreta de la gente y las agencias que moldearon sus sociedades.

El estilo del libro puede parecer algo tradicional por los individuos y los grupos de trabajadores que atienden los quince capítulos. Esclavos, artesanos, empleados y pequeños comerciantes, aparecen aquí y allá, pero Sonia Pérez Toledo tuvo mucho éxito en coordinar autores atentos a los peligros de analizar las sociedades en términos ortodoxos de distinciones de clase o a partir de intereses económicos rígidos. El libro nos recuerda que el trasvase de personas de Europa, Asia y África hacia América le fue dando forma a la estructura ocupacional de las sociedades

---

\* Investigadora, Instituto de Investigaciones Históricas (IIH), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).  <https://orcid.org/0000-0002-8972-7956>

receptoras a partir del trabajo libre y forzado. Asimismo, se plantea que este “caleidoscopio” migratorio contribuyó a la expansión del capital industrial y comercial en América.

Este es un libro de historia social del trabajo. Los títulos no aluden a la historia social de esto o aquello porque afortunadamente es un libro extremadamente bueno. No usa la fórmula enunciativa de lo “social”, sino el método, los conceptos y las categorías para colocarse en un enfoque que se adentra en la capacidad comprensiva de la historia para explicar los propósitos, las demandas, los intereses y las ideas que condujeron la vida de los individuos y los grupos inmersos en los mundos laborales que sus autores analizan.

En las dos partes que conforman el libro —la primera sobre la diversidad laboral y la segunda sobre la sociabilidad, la movilización y la participación política—, cada capítulo cumple con un serio análisis de la documentación histórica que sienta las bases de espléndidos relatos del quehacer de los hombres y las mujeres que laboran y se relacionan con diversos grupos sociales en América Latina entre los siglos XVI al XX. A lo largo del texto, es explícita la invitación a la relectura de la historia social clásica de Eric Hobsbawm, E. P. Thompson, George Rudé y William Sewell para repensar las fuentes y afinar las técnicas que contribuyen a sistematizar la información y renovar el análisis con nuevas preguntas que dialogan con los estudios sociales.<sup>1</sup>

No son los temas o los compromisos ideológicos que identificaron a la historia social con la historia del movimiento obrero (hasta los años ochenta) los que inscribe al libro en los preceptos clásicos de la historia social. En esta edición, los clásicos no pierden vigencia porque en cada capítulo se busca la mejor historia en una combinación de nuevas teorías y métodos renovados, lo cual ha sido característico de todos los vaivenes, encrucijadas y renovaciones de la historia social.<sup>2</sup>

El libro retoma, por ejemplo, la apertura hacia los nuevos enfoques en el mundo del trabajo. Así, de los problemas planteados por el predominio de la historia sociocultural encontramos realidades construidas por los lenguajes de protesta de las clases populares o de los grupos étnicos minoritarios que defienden sus modos de subsistencia en clave de música o religiosidad. Profundizan, también, en las nociones que tenían del trabajo y del honor de los artesanos que acudieron al Tribunal del Comercio en 1850 en Buenos Aires o bien los relatos se adentran en la cultura política de los trabajadores de Montevideo y en la participación electoral de la clase obrera de la creciente industria de Sinaloa a finales del siglo XIX.

El libro no ignora las tendencias y los movimientos culturales e ideológicos más amplios, como tampoco elude el estudio de los desarrollos tecnológicos que operan en un nivel más sistémico que el individual. Así, sus autores están atentos a los criterios de racionalidad de la incorporación de mano de obra esclava que

- 
1. Para los estudios de historia social, la relectura de los clásicos apela recurrentemente al camino metodológico para extraer nuevas ideas. Véase: José Antonio Piqueras, *Clásicos modernos de historia social*. (Granada: Comares Historia, 2023), IX-XIX.
  2. Respecto de la encrucijada y los vaivenes de la historia social: *Historia Social* 60 (2008).

pudo limitar la inversión tecnológica, por ejemplo, en el dilema que supuso, para los contratistas, el trabajo forzado que ocuparon en la construcción de una muralla en Cartagena Indias. Respecto de los movimientos ideológicos, hay una particular atención a la transición de los liberalismos que caracterizaron al siglo XIX y cuyos contextos nos permiten entender la necesidad de actualizar la legislación liberal sobre el trabajo en la Constitución mexicana de 1857 y en la renovación de los planes de estudios para capacitar a los jóvenes aprendices en las escuelas de artes y oficios.

En este contexto —que vincula a los países de América Latina a partir de lo que fue el liberalismo popular, el surgimiento de la cuestión social y la lucha por los derechos políticos y sociales—, los autores, en efecto, añaden algo a la distinción entre la “vieja” o clásica historia social y las “nuevas” propuestas sometidas a los problemas sociales que exigen, hoy, una revisión temática.<sup>3</sup>

Destaca en el libro otro aspecto de las formas de hacer historia social, me refiero a la reducción de escala del análisis en los textos. El libro persigue lo singular, lo peculiar, lo fuera de serie, lo anómalo en las comunidades urbanas, en los grupos de familias o en las sociedades que contienen la vida de una persona. Sin embargo, el interés por la reducción de escala no se aleja de los grandes relatos. Así, el gasto familiar y la vida material de un grupo de indígenas que se dedica a la albañilería en los márgenes de la ciudad de México traza claras conexiones con la pauperización de quienes enfrentaron, con salarios escueto, el alza de precios de alimentos y el inicio de un espiral inflacionario que inició en las primeras décadas de 1800. En palabras de Giovanni Levi los historiadores que decidieron reducir la escala de observación tuvieron la responsabilidad de construir la relevancia de los temas tratados; para ello, fue indispensable demostrar que “al estudiar un pequeño trozo del mundo”, el relato contribuyera a los debates y las preguntas de relevancia general.<sup>4</sup>

Los trozos de mundo que estudian los autores ponen de manifiesto problemas actuales. Pienso en la compra-venta oficiosa de productos que se venden hoy en muchos mercados latinoamericanos y no puedo sino vincular esta cuestión con el sugerente trabajo sobre el consumo en el mercado del Baratillo en México: un espacio destinado para la negociación de los más pobres, que no dejó de lado la participación en el negocio de una pluralidad de vendedores, algunos pertenecientes a los sectores medios que, durante la primera mitad del siglo XIX, compitieron a los gremios y artesanos la venta de enseres en un mercado de muy larga data de contrabando e informalidad. A veces se me antoja traer al escenario de la historia estos problemas sobre los cuales con certeza hay una posición crítica. ¿Pero qué hacemos los historiadores sociales con ellos? La cuestión no supone un retorno a la militancia o a la ortodoxia que proclamó la historiografía de los sesenta o de los

3. *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, 20 (2022).

4. Santiago Muñoz Arbeláez y María Cristina Pérez Pérez, “Perspectivas historiográficas: entrevista con el profesor Giovanni Levi”, *Historia Crítica* 40 (2010): 205.

ochenta, sino que busca retomar el análisis crítico de las sociedades con perspectiva histórica.

En este libro se puede decir que los tiempos plurales organizan los procesos históricos y les dan cabida a los acontecimientos. Deja atrás el dilema con la historia de los ciclos y los datos de las amplias series privilegiadas por los economistas para dar paso a los enfoques singulares que, además de estar inscritos en el llamado gran relato de la historia, están sustentados por datos que cuestionan y nos acercan a los perfiles y a las actividades concretas de personas reales. De esta manera, extraen nuevas ideas y nuevas conclusiones, por ejemplo, para saber que la panadería francesa bonaerense operó con muy pocos franceses y muchos esclavos negros a finales del siglo XVIII o bien sobre la distribución territorial de los sirvientes europeos que ingresaron en México y construyeron mecanismos particulares de integración que pueden seguir estudiándose a partir de la generosa serie demográfica que publicaron en el libro respecto de este grupo minoritario.

En el libro son muy visibles los recurrentes diálogos con la demografía histórica y sus fuentes: cuadros que ubican lugares del desembarco de esclavos en la América Española; relaciones cuantitativas de los salarios de trabajadores o referencias numéricas de los perfiles de los profesores, alumnos y sirvientes o bien aspectos cuantitativos de las estructuras laborales y de las prácticas asociativas a finales del siglo XIX. Y cuando veo estos esfuerzos de los historiadores sociales por brindar explicaciones más realistas de la acción social, pienso en las posibilidades que brindaría una compilación de todas estas tablas y gráficas para la comparación en la historia y pondero los aportes de estas sistematizaciones para analizar la pluralidad de actores y la multiplicidad de escalas en la historia de América Latina.

Para terminar esta reflexión sobre las escalas, la diversidad y la gente común retomo una cita de Natalie Zemon Davis que sirva como un breve homenaje luctuoso, desde los márgenes, sobre un libro que cuenta historias locales y cruces culturales y que mantuvo vigente el cometido que esta gran historiadora vislumbró en la década de los noventa para alentar la escritura de la historia de lo grande y lo pequeño:

Probablemente, el paso más creativo que podamos dar hacia adelante no sea menos literario que analítico, es decir, quizá consista en encontrar formas expositivas con narrativas que pongan de manifiesto la interacción y las tensiones entre lo grande y lo pequeño, entre lo social y lo cultural.<sup>5</sup>

Parafraseando a una autora que permanecerá entre los clásicos, si esto sucede, es posible que los resultados no serán siempre sean “felicis”, pero la lectura, como la de este libro, será gratificante por acercarnos a los problemas de la gente e identificarnos con sus experiencias.

DOI: 10.17533/udea.trahs.n25a15

5. Natalie Zemon Davis y M. Ferrandis Garrayo, “Las formas de la historia social”, *Historia Social* 10 (1991): 182.